

EL PAPEL DEL PSICOLOGO EN EL CONTEXTO CENTROAMERICANO*

Ignacio Martín-Baró

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

RESUMEN

El trabajo profesional del psicólogo debe definirse frente a las circunstancias concretas de la población a la que debe atender. La situación actual de los pueblos centroamericanos se puede caracterizar por: (a) la injusticia estructural, (b) las guerras o cuasi-guerras revolucionarias, y (c) la pérdida de la soberanía nacional. Aunque el psicólogo no es el llamado a resolver estos problemas, sí debe contribuir desde su especificidad a buscarles una respuesta. Para ello se propone como horizonte de su quehacer la conscientización, es decir, el ayudar a que las personas superen su identidad alienada, personal y social, al ir transformando las condiciones opresivas de su entorno. Aceptar la conscientización como horizonte no requiere tanto cambiar el campo de trabajo, cuanto cambiar la perspectiva, teórica y práctica, desde la que se trabaja. Ello supone que el psicólogo centroamericano se replantee su conocimiento y su praxis, asuma la perspectiva de las mayorías populares y opte por acompañarlas en su camino histórico hacia la liberación.

* Conferencia pronunciada el 4 de octubre de 1985 en la Universidad de Costa Rica, publicada en el Boletín de Psicología UCA, 1985, 3 No. 17, 99-112.

1. El contexto centroamericano

Existe una creciente conciencia entre los psicólogos latinoamericanos de que, a la hora de definir nuestra identidad profesional y el papel que debemos desempeñar en nuestras sociedades, es mucho más importante examinar la situación histórica de nuestros pueblos y sus necesidades que establecer el ámbito específico de la psicología como ciencia o como actividad. Cada vez se percibe con mayor claridad que las definiciones genéricas procedentes de otras latitudes arrastran una comprensión de uno mismo y de los demás muchas veces miope frente a las realidades que mayoritariamente confrontan nuestros pueblos e inadecuadas para captar su especificidad social y cultural. Por ello, frente a la interrogante sobre cuál deba ser el papel que el psicólogo juegue en el contexto actual de Centroamérica, antes de preguntarnos sobre el quehacer específico del psicólogo, debemos volver nuestros ojos hacia ese contexto, sin presumir que el hecho de formar parte de él nos lo hace suficientemente conocido o que vivir en él lo convierte sin más en el referente de nuestra actividad profesional.

En una caracterización somera y pasando por encima de diferencias importantes, podríamos establecer tres grandes rasgos

que parecen caracterizar el momento actual de los pueblos centroamericanos: la situación estructural de injusticia, los procesos de confrontación revolucionaria y la acelerada satelización de los estados nacionales.

En primer lugar, frente a diagnósticos interesados que pretenden remitir los males de Centroamérica a la reciente confrontación entre el Este y el Oeste o a la subida al poder del gobierno sandinista, es necesario insistir que los problemas fundamentales del área centroamericana radica en una injusta estructuración de sus sistemas sociales (Torres Rivas, 1981; Rosenthal, 1982). Sobre sociedades pobres y subdesarrolladas se asientan unos regímenes que distribuyen desigualmente los bienes disponibles, sometiendo a la mayoría de los pueblos a condiciones miserables que permiten a unas pequeñas minorías disfrutar de todo tipo de comodidades y lujos (como un caso paradigmático, ver Sevilla, 1984). En Centroamérica, la mayor parte del pueblo nunca ha tenido satisfechas sus necesidades más básicas de alimentación; vivienda, salud y educación, y el contraste entre estas situaciones miserable y la sobreabundancia de las minorías oligárquicas constituye la primera y fundamental violación a los derechos humanos que se da en nuestros países. El mantenimiento secular de esta situación sólo ha sido po-

sible mediante la aplicación de violentos mecanismos de control y represión social, que han impedido o frustrado todo esfuerzo histórico por cambiar y aun por reformar las estructuras sociales más opresivas e injustas (ver, para el caso de Guatemala, Aguilera, Romero y otros, 1981).

Indudablemente, hay diferencias notorias entre la situación de Costa Rica, por ejemplo, que ha logrado desarrollar un sistema escolar o de asistencia sanitaria muy apreciable, y la de Honduras, donde la cobertura de la escuela o de los servicios de salud apenas alcanza a un porcentaje reducido de la población. Con todo, también entre los costarricenses se observan diferencias abismales, la existencia de amplios sectores marginales frente a minorías oligárquicas, vastos núcleos de la población hundidos en la explotación y la miseria que hacen de Costa Rica una hermana y compañera de destino del resto de naciones centramericanas.

Una segunda característica es la situación de guerra o cuasi-guerra en que viven todos los países del área. Hay una sangrienta guerra civil en El Salvador, que ya se ha cobrado más de sesenta mil víctimas y ha desplazado de sus lugares de origen a un veinte por ciento de la población civil; hay una guerra no menos sangrienta en las fronte-

ras de Nicaragua, financiada y dirigida por los Estados Unidos; hay una difundida situación de guerrilla en Guatemala, contrastada por una pavorosa campaña de contrainsurgencia; y hay una psicosis de preguerra en Honduras, forzada por el actual gobierno norteamericano a servir de portaaviones a su política bélica de contrainsurgencia regional y, a un nivel menor, quizá también en Costa Rica.

Las consecuencias de este estado generalizado de guerra sólo se aprecian adecuadamente cuando se suman a la situación de miseria estructural, ya de por sí catastrófica. En estos últimos años, el desarrollo económico del área centroamericana no sólo se ha estancado, sino que positivamente ha retrocedido. En el caso de El Salvador, estimados optimistas calculan que el retroceso de la economía nacional no es menor a veinte años, y que, en el mejor de los casos y en la más favorable de las proyecciones, el país podría recuperar a finales de siglo la situación en que se encontraba al momento de comenzar la guerra (ver Instituto 1983; Argueta, 1985; Ibisate, 1985). Economías ya de por sí débiles, como la salvadoreña o nicaragüense, se ven forzadas a dedicar lo mejor de sus reservas al esfuerzo bélico, es decir, a la destrucción del propio pueblo y del propio país. Donde debieran surgir fábricas, se edifican cuarteles;

y donde el dinero debiera emplearse en semillas y tractores, se invierte en bombas y helicópteros artillados.

La militarización del área centroamericana es uno de los procesos más graves a que estamos asistiendo (Bermúdez, 1985; Bermúdez y Córdova, 1985). Si El Salvador ha enfrentado durante más de cincuenta años un régimen de opresiva explotación bajo la administración de una Fuerza Armada que en 1979 contaba con unos 15,000 hombres y unos 300 oficiales, ¿qué hará en el futuro con un ejército que en estos momentos cuenta con 50.000 hombres, más 15.000 miembros de los llamados "cuerpos de seguridad", y unos 2.300 oficiales y que aspira a llegar, a los 100.000 hombres en un futuro muy próximo? Añádase a estas cifras el número de los guerrilleros, probablemente no menor a 10.000 y tan militares o más que los del ejército gubernamental, y el de los grupos paramilitares armados por el gobierno o los sectores de extrema derecha, y se tendrá una patética perspectiva de la situación en El Salvador. Ahora bien, la situación no es mucho mejor en Nicaragua o en Guatemala. Honduras, es bien sabido, se ha convertido en un campo militar norteamericano, con gigantescas maniobras militares sucediéndose unas a otras, y con el cáncer de "la contra" antisandinista que, por obvias ra-

zones logísticas, no puede conformarse con permanecer en las zonas fronterizas con Nicaragua. ¿Y Costa Rica? Pues también Costa Rica, asediada por la crisis económica y con su dosis de "contras", se está dejando militarizar aceleradamente por el belicismo reaganita. Un día, me temo que muy cercano, se va a despertar de su sopor antisandinista, y va a encontrarse con que, sin pensarlo ni quererlo, tiene ya un verdadero ejército al que alimentar y al que mantener contento y ocupado.

La tercera característica de la situación actual de Centroamérica es su acelerada satelización nacional. Se trata de una obvia consecuencia de la doctrina de la "seguridad nacional: según la cual toda la existencia de los países debe someterse a la lógica de la confrontación total frente al comunismo (ver Mattelart, 1978; Insulza, 1982). Ciertamente, Centroamérica ha sido durante el presente siglo parte del traspatio estadounidense, y en ningún momento ha constituido una ironía afirmar, como lo hacía el poeta salvadoreño Roque Dalton, que "el presidente de Estados Unidos es más presidente de mi país que el presidente de mi país". Sin embargo, los avatares de la política norteamericana han permitido momentos en que los países del área disfrutaban de una cierta autonomía, al menos en su política interna (ver Maira, 1982).

Esos "grados de libertad", si me permiten la expresión, están siendo eliminados rápidamente. Se diría que los gobernantes centroamericanos repiten hoy lo que ya hace veinte años expresaba con gran claridad el almirante Castelo Blanco, tras el golpe de estado que instauró en el Brasil a uno de los regímenes militares más represivos de la historia del continente suramericano: "el carácter crítico del momento exige el sacrificio de una parte de nuestra soberanía nacional" (citado en Mattelart, 1978, pág. 56).

El caso de El Salvador es paradigmático, pero no es excepcional. Como lo demuestran las vicisitudes del proceso de Contadora, a Costa Rica, El Salvador y Honduras no les queda sino interpretar el canto compuesto en Washington, con los instrumentos fabricados en Washington y para satisfacer los gustos de Washington. Lo grave de ello no es aceptar que la pobreza de nuestros países entraña una cierta dependencia respecto a quienes nos pueden ayudar a enfrentar nuestros problemas; lo malo es que estamos hipotecando nuestra propia identidad y autonomía sin por ello resolver nuestros problemas, e incluso estamos cerrando la posibilidad misma de un futuro para nuestros pueblos. Las grandes decisiones respecto a la política de nuestros países se toman en fun-

ción de la seguridad nacional de Estados Unidos, no de las necesidades de nuestros pueblos, con la justificación de que San Salvador o Managua están a menos distancia de San Francisco que New York o Boston. Esa misma exigencia de la "seguridad nacional" norteamericana lleva a una agudización de la polarización ya existente en nuestros países, ya que el mundo queda automáticamente dividido en buenos y malos, en amigos y enemigos, sin que nada ni nadie pueda escapar a esta dicotomización maniquea (ver Martín-Baró, 1983). ¿Nos hemos preguntado entonces qué ocurrirá en el caso de que Estados Unidos logre sus objetivos de "seguridad nacional" en el área? ¿Empezará a dedicar algo de su atención a una resolución de los problemas más graves de nuestros pueblos? ¿Nos ayudará a construir la justicia en nuestras sociedades, dándonos su apoyo para el desmantelamiento de innecesarias estructuras militares, o más bien detendrá el flujo de dólares, satisfecho por la aniquilación de los movimientos revolucionarios, pero obligándonos a mantener todo el aparato de contrainsurgencia a fin de evitar problemas futuros a su seguridad nacional?

La injusticia estructural, las guerras revolucionarias y la satelización nacional nos pueden servir para caracterizar a grandes rasgos la presente situación

centroamericana y ofrecernos así ese contexto histórico frente al cual y en el cual debemos definir el papel que corresponde realizar al psicólogo.

2. El papel del psicólogo

Hace ya unos años, en 1968, un psicólogo francés, Marc Richelle, se planteaba la cuestión del por qué de los psicólogos. La razón de este cuestionamiento radicaba en lo que él calificaba como repentina e "inquietante proliferación de una especie nueva" (Richelle, 1968, pág. 7). Por los mismos años, otro francés, Didier Deleule, daba una respuesta bastante radical a esa cuestión: la proliferación de la psicología se debía a la función que estaba asumiendo en la sociedad contemporánea, al convertirse en una ideología de recambio. La psicología ofrecía una solución alternativa frente a los conflictos sociales: se trataba de cambiar al individuo conservando el orden social o, en el mejor de los casos, generando la ilusión de que, quizás, al cambiar al individuo, también cambiaría el orden social, como si la sociedad fuera una sumatoria de individuos (Deleule, 1969; ver, también Bricht *et alii*, 1973).

Para ser sinceros, cuando se examina en forma desapasionada el lugar que algunas concepciones psicológicas ocupan en el discurso político y cultural domi-

nante, o cuando se pondera el papel desempeñado por la mayor parte de los psicólogos en nuestros países, no puede menos de concederse a Deleule una buena dosis de razón. El problema, obviamente, no hay que verlo en la intención subjetiva que puedan tener los profesionales de la psicología en un determinado país, ni siquiera, me atrevería a decir, en su opción política; el problema estriba en las propias virtualidades de la psicología como quehacer teórico-práctico. No se trata, por tanto, de preguntarse qué pretende cada cual hacer con la psicología, sino primero y fundamentalmente a dónde lleva por su propio peso el quehacer psicológico, qué efecto objetivo produce en una determinada sociedad la actividad psicológica (Martín-Baró, sin fecha).

Entre las críticas que con más frecuencia se suelen hacer a los psicólogos en los países centroamericanos están el que la mayoría dedica su atención predominante, cuando no exclusiva, a los sectores sociales pudientes, y el que su quehacer tiende a centrar de tal manera la atención en las raíces personales de los problemas, que se echa en olvido los factores sociales (ver, también, Zúñiga, 1976). El contexto social se convierte así en una especie de naturaleza, un presupuesto incuestionado, frente a cuyas exigencias "objetivas" el individuo debe buscar individual y aun

"subjetivamente" la resolución de sus problemas. Con este enfoque y con esta clientela, no es de extrañar que la psicología esté sirviendo los intereses del orden social establecido, es decir, que se convierta en un instrumento útil para la reproducción del sistema (ver Braunstein *et alii*, 1979).

Podría decirse, y con razón, que todo gremio profesional se encuentra en nuestras sociedades al servicio del orden establecido y que, en ese sentido, nuestra profesión no constituye una excepción. Podría también apuntarse a todos aquellos casos de psicólogos que han servido y sigue sirviendo las causas populares y aun revolucionarias. Pero todo ello denota que si tomamos como punto de partida para definir nuestro rol lo que han hecho o están haciendo los psicólogos, no podremos desbordar un planteamiento positivista que nos mostrará una imagen factual más o menos satisfactoria, pero que dejará de lado todas aquellas posibilidades que históricamente han sido descartadas. De ahí el imperativo de examinar no sólo lo que somos, sino lo que podríamos haber sido y, sobre todo, lo que deberíamos ser frente a las necesidades de nuestros pueblos, independientemente de que contemos o no con modelos para ello. Cabe preguntar por ejemplo, si los psicólogos nicaragüenses siguen utilizando hoy los mismos esquemas de trabajo que usaban en tiempos de

Somoza, o si el cambio de clientela, la necesidad de atender a los sectores populares, les ha llevado a modificar también sus modelos conceptuales y prácticos (ver Whitford, 1985).

Una buena manera como se puede abordar el examen crítico del rol del psicólogo consiste en volver a las raíces históricas de la propia psicología. Habría que revertir el movimiento que llevó a limitar el análisis psicológico a la conducta, es decir, el comportamiento en cuanto observable, y dirigir de nuevo la mirada y la preocupación a la "caja negra" de la conciencia humana. La conciencia no es simplemente el ámbito privado del saber y sentir subjetivo de los individuos, sino sobre todo aquel ámbito donde cada persona encuentra el impacto reflejo de su ser y de su hacer en sociedad, donde asume y elabora un saber sobre sí mismo y sobre la realidad que le permite ser alguien, tener una identidad personal y social. La conciencia es el saber o el no-saber sobre sí mismo, sobre el propio mundo y sobre los demás, un saber práctico antes que mental, ya que se inscribe en la adecuación las realidades objetivas de todo comportamiento, y sólo condicionada parcialmente se vuelve saber reflejo (ver Gibson, 1966; Baron, 1980).

La conciencia, así entendida, es una realidad psicosocial, rela-

cionada con la "conciencia colectiva" de que hablaba Durkheim (1964). La conciencia incluye, ante todo, la imagen que las personas tienen de sí mismas, imagen que es el producto de la historia de cada cual y que, obviamente, no es un asunto privado; pero incluye, también, las representaciones sociales (Banchs 1982; Deconchy, 1984; Farr, 1984; Jodelet, 1984; Lane 1985) y por tanto, todo aquel saber social y cotidiano que llamamos "sentido común", que es el ámbito privilegiado de la "ideología" (Martín-Baró, 1984b). En la medida en que la psicología tome como su objetivo específico los procesos de la conciencia humana deberá atender al saber de las personas sobre sí mismas en cuanto individuos y en cuanto miembros de una colectividad. Ahora bien, el saber más importante desde un punto de vista psicológico no es el conocimiento explícito y formalizado, sino ese saber inserto en la praxis cotidiana, las más de las veces implícito, estructuralmente inconsciente e ideológicamente naturalizado, en cuanto que es adecuado o no a las realidades objetivas, en cuanto que humaniza o no a las personas, y en cuanto permite o impide a los grupos y pueblos mantener las riendas de su propia existencia.

Es importante subrayar que esta visión de la psicología no descarta el análisis de la conducta. Sin embargo la conducta debe

ser vista a la luz de su significación, personal y social, del saber que pone de manifiesto, del sentido que adquiere desde una perspectiva histórica. Así, por ejemplo, aprender no es sin más elaborar y reforzar una secuencia de estímulos y respuestas; es, sobre todo, estructurar una forma de relación de la persona con su medio, configurar un mundo donde el individuo ocupa un lugar y materializa unos intereses sociales. Trabajar no es sólo aplicar una serie de conocimientos y habilidades para lograr la satisfacción de las propias necesidades; trabajar es primero y fundamentalmente hacerse a sí mismo transformando la realidad, encontrándose o enajenándose en ese quehacer sobre la telaraña de las relaciones interpersonales e intergrupales. En uno y otro caso, la formalidad de la conducta queda transida por un sentido que no es descifrable desde la superficie mensurable, pero sin cuya comprensión poco o nada se entiende de la existencia humana.

A la luz de esta visión de la psicología, se puede afirmar que la *conscientización* constituye el horizonte primordial del quehacer psicológico. Es posible que a algunos esta afirmación les suene algo escapista, mientras que a otros les parezca un planteamiento demasiado comprometedor; algunos pensarán que se trata de un estrechamiento exce-

sivo de la psicología, mientras que otros opinarán quizá que se trata de introducir a la psicología en terrenos que no le pertenecen. Examinemos entonces esta propuesta más en detalle, ya que algunos malentendidos pudieran provenir del empleo del término conscientización, tan evocador de la historia contemporánea de los países latinoamericanos.

Como es bien sabido, conscientización es un término acuñado por Paulo Freire para caracterizar el proceso de transformación personal y social que experimentan los oprimidos latinoamericanos cuando se alfabetizan en dialéctica con su mundo (Freire 1970, 1971, 1973; INODEP, 1973). Para Freire, alfabetizarse no consiste sencillamente en aprender a escribir en papeles o a leer la letra escrita; alfabetizarse es sobre todo aprender a leer la realidad circundante y a escribir la propia historia. Lo que importa no es tanto saber codificar y descodificar palabras ajenas, sino aprender a decir la palabra de la propia existencia que es personal pero es sobre todo colectiva. Y, para pronunciar esa palabra personal y comunitaria, es necesario que las personas asuman su destino, que tomen las riendas de su vida, lo que les exige superar su falsa conciencia y lograr un saber crítico sobre sí mismos, sobre su mundo y sobre su inserción en ese mundo.

* El proceso de conscientización supone tres aspectos:

- (a) El ser humano se transforma al ir cambiando su realidad. Se trata, por consiguiente de un proceso dialéctico, pedagógicamente, no puede darse a través de la imposición, sino sólo del diálogo.
- (b) Mediante la paulatina descodificación de su mundo, la persona capta los mecanismos que le oprimen y deshumanizan, con lo que se derrumba la conciencia que mitifica esa situación como natural y se le abre el horizonte a nuevas posibilidades de acción. Esta conciencia crítica ante la realidad circundante y ante los demás arrastra por tanto la posibilidad de una nueva praxis, que a su vez posibilita nuevas formas de conciencia.
- (c) El nuevo saber de la persona sobre su realidad circundante le lleva a un nuevo saber sobre sí misma y sobre su identidad social. La persona empieza a descubrirse en su dominio sobre la naturaleza, en su acción transformadora de las cosas, en su papel activo en las relaciones con los demás. Todo ello le permite no sólo descubrir las raíces de lo que es, sino el horizonte de lo que puede llegar a ser. Así, la recuperación de su memoria

histórica ofrece la base para una determinación más autónoma de su futuro.

La conscientización no consiste, por tanto, en un simple cambio de opinión sobre la realidad, en un cambio de la subjetividad individual que deje intacta la situación objetiva; la conscientización supone un cambio de las personas en el proceso de cambiar su relación con el medio ambiente y, sobre todo, con los demás. No hay saber verdadero que no vaya esencialmente vinculado con un hacer transformador sobre la realidad, pero no hay hacer transformador de la realidad que no involucre un cambio de las relaciones entre los seres humanos.

Al afirmar que el horizonte primordial de la psicología debe ser la conscientización se está proponiendo que el quehacer del psicólogo busque la desalienación de las personas y grupos, que les ayude a lograr un saber crítico sobre sí mismas y sobre su realidad. Resulta significativo del sesgo que ha tenido la psicología el que se asuma como obvio el trabajo de desalienación de la conciencia individual, en el sentido de eliminar o controlar aquellos mecanismos que bloquean la conciencia de la identidad personal y llevan a la persona a comportarse como un enajenado, como un "loco", pero que se haya dejado de lado el trabajo de de-

salienación de la conciencia social en el sentido de suprimir o cambiar aquellos mecanismos que bloquean la conciencia de la identidad social y llevan a la persona a comportarse como un dominador o un dominado, como un explotador opresivo o como un marginado oprimido. Si, como ya lo reconoce incluso el DSM-III (American, 1983), todo proceso comportamental involucra una dimensión social, el quehacer del psicólogo no puede limitarse al plano abstracto de lo individual, sino que debe confrontar también los factores sociales donde se materializa toda individualidad humana.

Al asumir la conscientización como horizonte del quehacer psicológico, se recoge el necesario centramiento de la psicología en el ámbito de lo personal, pero no como terreno opuesto o ajeno a lo social, sino como su correlato dialéctico y, por tanto, incomprendible sin su referencia constitutiva. No hay persona sin familia, aprendizaje sin cultura, locura sin orden social; por tanto, no puede haber tampoco un yo sin un nosotros, un saber sin un sistema simbólico, un transtorno que no remita a unas normas morales y a una normalidad social.

Como remite a una circunstancia social y a una historia concretas, en nuestro caso, las de los países centroamericanos, la

conscientización obliga a la psicología a dar respuesta a los grandes problemas de injusticia estructural, de guerra y de enajenación nacional que agobian a estos pueblos. No se puede hacer psicología hoy en Centroamérica sin asumir una seria responsabilidad histórica, es decir, sin intentar contribuir a cambiar todas aquellas condiciones que mantienen deshumanizadas a las mayorías populares, enajenando su conciencia y bloqueando el desarrollo de su identidad histórica. Pero se trata de hacerlo como psicólogos, es decir, desde la especificidad de la psicología como quehacer científico y práctico.

En primer lugar, la conscientización responde a la situación de injusticia promoviendo una conciencia crítica sobre las raíces, objetivas y subjetivas, de la enajenación social. Una simple conciencia sobre la realidad no supone por sí misma el cambio de esa realidad; pero difícilmente se arremeterá con los cambios necesarios mientras todo un velo de justificaciones, racionalizaciones y mitos encubra los determinismos últimos de la situación de los pueblos centroamericanos. La conscientización no sólo posibilita, sino que puede incluso desencadenar el cambio, el romper con los esquemas fatalistas que sostienen ideológicamente la alienación de las mayorías populares.

En segundo lugar, el proceso mismo de conscientización supone un salirse de la mecánica reproductora de las relaciones de dominación-sumisión, ya que sólo puede realizarse a través del diálogo. En última instancia, el proceso dialéctico que permite al individuo encontrarse y asumirse como persona, supone un cambio radical de las relaciones sociales, donde no haya opresores ni oprimidos, y ello tanto si de lo que estamos hablando es de una psicoterapia como si de lo que estamos hablando es de la educación escolar, del proceso de producción en una fábrica o del trabajo cotidiano en una institución de servicio.

Finalmente, la toma de conciencia apunta directamente al problema de la identidad tanto personal como social, grupal y nacional. La conscientización lleva a las personas a recuperar la memoria histórica, a asumir lo más auténtico de su pasado, a depurar lo más genuino de su presente y a proyectar todo ello en un proyecto personal y nacional. Mal puede un proceso de aprendizaje, de orientación vocacional o de consejería terapéutica buscar el desarrollo o la realización de las personas si al mismo tiempo no se proyecta al individuo en su contexto social y nacional y, por consiguiente, si al mismo tiempo no se le plantea el problema de su autenticidad co-

mo miembro de un grupo, parte de una cultura, ciudadano de un país.

Es posible que para la mayoría de los psicólogos la dificultad no se cifre tanto en aceptar este horizonte para su quehacer como en visualizar su puesta en práctica. ¿Qué significa conscientizar en y con la actividad psicológica? ¿Se trata de aplicar alguna técnica particular? ¿Hay que incluir en los procesos alguna forma de reflexión política? ¿Significa esto cambiar los tipos de tests empleados o los temas de aquellos que ya manejamos? ¿Debemos abandonar la terapia individual y realizar algo así como ergoterapias colectivas? Intentemos dar más forma a la tesis con dos ejemplos sobre cómo buscar la conscientización con la actividad psicológica.

Es claro que uno de los problemas más graves que se confronta en la actualidad en Centroamérica es el de las víctimas de la guerra: soldados y guerrilleros heridos o inválidos de por vida, traumatizados quizá por las experiencias que les ha tocado vivir en el campo de batalla; poblaciones aterrorizadas por la experiencia de los bombardeos, las operaciones contrainsurgentes o las matanzas "sanitarias"; testigo de crueldades represivas, víctimas de las tácticas del terror o de la tortura, niños huérfanos marcados por huidas prolongadas

en medio de la violencia bélica. Todos ellos constituyen esa población de desplazados o refugiados, de hijos de la represión o de la guerra, cuyo número crece aceleradamente y alcanza ya una cifra no inferior a la de dos millones de centroamericanos (ver, por ejemplo *Lawyers*, 1984, Instituto, 1985). Indudablemente esta población no sólo tiene gravísimas necesidades materiales de alimentación, techo, salud y trabajo, sino que tiene otras necesidades si no tan apremiantes, no por ello menos graves, de desarrollo personal y relaciones humanizadoras, de amor y esperanza en su vida, de identidad y significación social (Peña, 1984). Por ello, un objetivo primordial de la psicología centroamericana en el presente y futuro próximo debe ser prestar una atención especial a las víctimas de la guerra, cualesquiera ellas sean. Esta atención va a requerir la apertura de la clínica a los grupos mayoritarios, que son los que más están sufriendo el impacto del conflicto bélico.

Ahora bien, ¿se puede enfrentar este gravísimo problema de las víctimas de la guerra simplemente extendiendo a más personas el alcance del trabajo de psicología clínica realizado en la actualidad? ¿No representaría esta opción un simple tratar de restablecer los términos de una realidad social que está precisamente a la raíz del conflicto

que se vive? La atención clínica a las víctimas de las suerras centroamericanas debe constituir un proceso conscientizador, un proceso que devuelva la palabra a las personas no sólo como individuos, sino como parte de un pueblo. Esto significa que la psicoterapia debe apuntar directamente a la desaparición de una identidad social labrada sobre los prototipos de opresor y oprimido, y a configurar una nueva identidad de las personas en cuanto miembros de una comunidad humana, responsables de una historia (Martín-Baró, 1984a). La superación de los traumas de la guerra debe incluir una toma de conciencia sobre todas aquellas realidades, colectivas e individuales, que están a la raíz de la guerra. Así, pues, una psicoterapia conscientizadora debe constituir un proceso que permita al individuo afirmar su identidad personal y social como parte de un movimiento de afirmación colectiva y nacional.

Un buen número de psicólogos centroamericanos se dedica a la orientación escolar. En ocasiones, este trabajo se reduce a la aplicación más o menos sistemática de baterías de tests, con las que se pretende conocer el nivel de desarrollo y el grado de aprendizaje logrado por cada estudiante, detectar sus posibles problemas, así como definirle una perspectiva adecuada a sus intereses y capacidades. El pre-

supuesto implícito de esta actividad estriba en que la sociedad existente constituye el ámbito en cuyo interior cada cual debe encontrar la ubicación más productiva y satisfactoria de acuerdo a sus características e ideales personales. Se trata por tanto de lograr un acoplamiento, una adaptación entre cada individuo y la sociedad, que en ningún momento pone en cuestión los esquemas básicos de la convivencia y, por tanto, la determinación de los roles sociales que se deben asumir. La orientación escolar contribuye, de esa manera, a la reproducción del sistema establecido con sus esquemas de pasividad y falta de creatividad, de dominio y sumisión.

Un trabajo de orientación escolar conscientizadora supone el esfuerzo por propiciar la transmisión de esquemas sociales alternativos: la capacidad crítica y creativa de los alumnos frente a lo que la escuela y la sociedad les ofrecen, un estilo diferente de confrontar la vida social y laboral. Se trataría no sólo de que los alumnos aprendieran según los currículos escolares diseñados, sino sobre todo que aprendieran a confrontar la realidad de su existencia con un pensamiento crítico. Así como hay una organización de "pequeños empresarios", en la que se inicia a los adolescentes a la administración empresarial de corte capitalista; podría pensarse en algo

así como laboratorios sobre la realidad nacional, en los que los jóvenes fueran confrontando directamente las condiciones sociales de la mayor parte de la población y pudieran reflexionar críticamente sobre ellas.

El horizonte conscientizador tanto en el trabajo clínico como en el trabajo de orientación escolar supondría, sin duda alguna, un importante cambio del quehacer profesional. No se trata de abdicar del papel técnico que en uno y otro caso corresponde al psicólogo; se trata de despojar ese papel de sus presupuestos teóricos adaptacionistas y de sus formas de intervención desde el poder. Para lo cual, hace falta elaborar una visión conceptual diferente y quizá también nuevos métodos de diagnóstico e intervención. En clínica, algunas de las iniciativas logradas por el movimiento antipsiquiátrico puede iluminar sobre los necesarios cambios que hubo que operar en el trabajo psiquiátrico como resultado de una concepción distinta sobre la realidad del trastorno psíquico y, por tanto, de una praxis terapéutica distinta (ver Bassaglia, 1972; Cooper, 1972; Moffat, 1975); en psicología escolar, la propia experiencia de la educación conscientizadora, sobre todo en su paralelo y en su diferencia con la propuesta desescolarizadora (ver Illich, 1971; Reiner, 1973), permiten entrever **nuevas formas de orientación.**

Ahora bien, ¿en qué consiste ese nuevo planteamiento, teórico y práctico, del trabajo psicológico conscientizador? En nuestra opinión, no se trata de abocarse exclusivamente a un área de trabajo, sino de fijarse un horizonte al quehacer profesional, cualquiera sea el área específica en que se ubique. Por ello, las preguntas críticas que se debe formular el psicólogo respecto al carácter de su actividad y, por tanto, respecto al papel que está desempeñando en la sociedad no tanto deben centrarse en el dónde, sino en el *desde quién*; no tanto en cómo se está realizando algo, cuando *en beneficio de quién*; y, por consiguiente, no tanto en el tipo de actividad que se practica (clínica, escolar, industrial, comunitaria u otra), cuando *en cuáles son las consecuencias históricas concretas* que esa actividad está produciendo.

3. Conclusión: una opción histórica

Es claro que no es el psicólogo el llamado a resolver los problemas fundamentales que confrontan los pueblos centroamericanos en la actualidad. Pensar otra cosa sería engañarse tanto respecto a lo que es la psicología como respecto a los problemas centroamericanos, e incurrir en ese psicologismo que ha sido justamente denunciado como una ideología de recambio. No está en manos del psicólogo en cuanto tal

cambiar las injustas estructuras socio-económicas de nuestros países, resolver los conflictos armados o rescatar la soberanía nacional, servilmente pignorada a Estados Unidos.

Sin embargo, hay una tarea importante que el psicólogo debe cumplir y que requiere tanto el reconocimiento objetivo de los principales problemas que aquejan a los pueblos centroamericanos como la definición del aporte específico del psicólogo en su resolución. Porque si el psicólogo no es el llamado a intervenir en los mecanismos socioeconómicos que articulan las estructuras de injusticia, sí es el llamado a intervenir en los procesos subjetivos que sustentan y viabilizan esas estructuras injustas; si no toca al psicólogo conciliar las fuerzas e intereses sociales en pugna, sí le compete ayudar a encontrar caminos para cambiar los hábitos violentos por hábitos más racionales; y si no queda bajo su competencia la definición de un proyecto nacional autónomo, sí puede contribuir a la formación de una identidad, personal y colectiva, que responda a las exigencias más auténticas de los pueblos.

Es indudable que los psicólogos centroamericanos confrontamos un reto histórico para el cual probablemente no fuimos preparados. Sin embargo, no se trata de encontrar justificaciones

a nuestras deficiencias, sino de ver cómo podemos asumir nuestra responsabilidad social (Martín-Baró, 1985). Tres puntos parecen a este respecto necesarios.

1. El psicólogo centroamericano debe replantearse la imagen de sí mismo como profesional. No se puede continuar con la inercia de los esquemas teóricos ya conocidos o de las formas de actuar habituales; nuestro saber psicológico debe ser confrontado con los problemas nuevos de los pueblos centroamericanos y con las interrogantes que a ese saber plantean. El caso de las víctimas de la guerra es quizás el más agudo y urgente, pero no el único y quizá ni siquiera el más radical.

2. Es urgente asumir la perspectiva de las mayorías populares. Sabemos, por la sociología del conocimiento, que lo que se ve de la realidad y cómo se ve, depende en forma esencial del lugar social desde donde se mira. Hasta ahora nuestro saber psicológico se ha alimentado en lo fundamental de un análisis de los problemas realizado desde los sectores dominantes de la sociedad. No es probable y quizá ni siquiera posible que logremos una adecuada comprensión de los problemas más profundos que hoy aquejan a las mayorías populares si no nos ubicamos, así sea hermenéuticamente, en su atalaya histórica.

3. Quizá la opción más radical que confronta la psicología centroamericana hoy radica en la disyuntiva entre un acomodamiento a un sistema social que personalmente nos ha beneficiado o una confrontación crítica frente a ese sistema. En términos más positivos, la opción estriba en si aceptar o no el acompañar a las mayorías pobres y oprimidas en su lucha por constituirse como pueblo nuevo en una tierra nueva. No se trata de abandonar la psicología; se trata de poner el saber psicológico al servicio de la construcción de una sociedad donde el bienestar de los menos no se asiente sobre el malestar de los más, donde la realización de los unos no requiere la negación de los otros, donde el interés de los pocos no exija la deshumanización de todos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- American Psychiatric Association. (1983). *DSM-III Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. (Traducción de Manuel Valdés Miyar, Claudi Udina Abelló, Joan Masana Ronquillo y Tomás de Flores i Formenti.) Barcelona: Masson.
- Aguilera Peralta, Gabriel, Jorge Romero Imery y otros. (1981) *Dialéctica del terror en Guatemala*. San José: EDUCA.
- Argueta Antillón, Luis (1985). La economía de El Salvador en 1984. Algunos elementos de análisis. *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales* (UCA, San Salvador), 8, 7-29.
- Banchs, María Auxiliadora. (1982) Las representaciones sociales: un enfoque europeo para el estudio de las cogniciones sociales. *Boletín de la AVEP-SO*, 5 23-25.
- Baron, Reuben M. (1980). Contrasting approaches to social knowing: An ecological perspectives. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 6 591-600.
- Basaglia, Franco. (1972). *La institución negada. Informe de un hospital psiquiátrico*. (Traducción de Jaime Pomar.) Barcelona: Barral Editores.
- Bermúdez, Lilia (1985). Centroamérica: la militarización en cifras. *Cuaderno de trabajo del CINAS*, 4 35-51.
- Bermúdez, Lilia y Ricardo Córdova, (1985). Estados Unidos: Centroamérica, cuatro años de intervención militar (1981-1984). *Cuaderno de trabajo del CINAS*, 4, 5-34.
- Braunstein, Néstor A., Marcelo Pasternac, Gloria Benedito y Frida Saal, (1979), *Psicología: ideología y ciencia*. México: Siglo XXI.
- Bricht, Susana, Isabel Calvo, Frida Diamant, Susana Pravaz, María T. Calvo de Spolansky, Estela Troya, Juan Danis, Beatriz Grego, Irne Kaumann, Roberto Harari, Edgardo Musso, Mauricio Knobel, Ricardo Malfé, León Ostrov e Isabel Palacios. (1973). *El rol del psicólogo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cooper, David. (1972). *Psiquiatría y antipsiquiatría*. (Traducción de Jorge Psiatigorsky.) Buenos Aires: Paidós.
- Deconchy, Jean-Pierre. (1984). Systemes de croyances et représentations idéologiques. En Serge Moscovici (Ed.), *Psychologie sociale*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Deleule, Didier, (1972). *La psicología, mito científico*. (Traducción de Nuria Pérez de Lara y Ramón García.) Barcelona: Anagrama.
- Durkheim, Emile. (1984). *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Dédalo. (Originalmente publicada en 1895).
- Farr, Robert ZM. (1984). Las representaciones sociales. En Serge Moscovici (Ed.). *Psychologie sociale*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Freire, Paulo. (1970). *Pedagogía del oprimido*. (Traducción de Jorge Melado.) Montevideo: Tierra Nueva.
- Freire, Paulo. (1971). *La educación como práctica de la libertad*. (Traducción de Lilián Ronzoni.) Montevideo: Tierra Nueva.
- Freire, Paulo. (1973). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. (Traducción de Lilián Ronzoni.) Buenos Aires; Siglo XXI.
- Gibson, James J.J. (1966). *The senses considered as perceptual systems*, Boston: Houghton Mifflin.
- Grimson, Wilbur R. (1972). *Sociedad de locos, Experiencia y violencia en un hospital psiquiátrico*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Heyward, Harold y Mireille Varigas. (1973). *Antipsiquiatría*. (Traducción de Quino.) Madrid: Fundamentos.
- Ibáñez, Francisco J. (1985). Características y resultados de la gestión económica, *ECA*, 43-440, 347-379.
- Illich, Ivan d. (1971). *Deschooling society*. Harmondsworth, Middlesex: Penguin.
- INODEP. (1973). *El mensaje de Paulo Freire. Teoría y práctica de la liberación*. Madrid: Marsiega.
- Instituto de Investigaciones de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. (1985). *Investigación. Desplazados y refugiados salvadoreños*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Instituto de Investigaciones Económicas. (1983). *Hacia una economía de guerra: El Salvador 1982-1983* *ECA*, 415-416=, 439-458.
- Insulza, José Miguel. (1982). La crisis en Centroamérica y el Caribe y la seguridad de Estados Unidos. En CECADE y CIDE, *Centroamérica: crisis y política internacional*, México: Siglo XXI.
- Jervis, Giovanni. (1981). *Psiquiatría y sociedad*. Madrid: Fundamentos.
- Jodelet, Denise, (1984). Représentation sociale: phénomènes, concept et théorie. En Serge Moscovici (Ed.), *Psychologie sociale*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Lane, Silvia T. Maurer. (1985). *Linguagem, pensamento e representações sociais*. En s. t. M. Lane y Wanderley Codo (Orgs), *Psicologia social. O homem em movimento*. Sao Paulo: Ed. Brasiliense.
- Lawyers Committee for International Human Rights and Americas Watch (1984). *El Salvador's other victims: the war on the displaced*. New York.
- Maira, Luis. (1982). Fracaso y reacomodo de la política de Estados Unidos hacia Centroamérica. En Luis Maira (Ed.), *La política de Reagan y la crisis en Centroamérica*. San José: EDUCA.
- Martín-Baró, Ignacio. (1983). La polarización social en El Salvador. *ECA*, 412, 129-142.
- Martín-Baró, Ignacio. (1984). Guerra y salud mental, *ECA*, 429-430, 503-514. (a).
- Martín-Baró, Ignacio (1984). *Psicología Social. V: Sistema y poder*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. (b)
- Martín-Baró, Ignacio. (Sin fecha.) *Ética psicológica*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. (Mimeo)
- Martín-Baró, Ignacio. (1985). *Conflicto social e ideología científica: de Chile a El Salvador*. Conferencia pronunciada en Caracas, el 9 de julio de 1985, en el XX Congreso Interamericano de Psicología.
- Mattelart, Armand. (1978). Ideología, información y Estado militar. En Michèle y Armand Mattelart, *Comunicación e ideologías de la seguridad*. Barcelona: Anagrama.
- Moffat, Alfredo. (1975). *Psicoterapia del oprimido. Ideología y técnica de la psiquiatría popular*. Buenos Aires: ECRO.
- Peña, Juan Olimpia, (1984) Necesidades familiares en un grupo de desplazados. *Boletín de Psicología* (UCA, San Salvador), 13, 18-20.
- Reimer, Everett, (1973). *La escuela ha muerto. Alternativas en materia de educación*. (Traducción de Ernesto Mayans.) Barcelona: Barral Editores.
- Richelle, Marc (1968), *pourquoi les psychologues?* Bruxelles: Charles Des-sart.
- Rosenthal, Gert. (1982). Principales rasgos de la evolución de las economías centroamericanas desde la posguerra. en CECADE y CIDE. *Centroamérica: crisis y política internacional*, México:

Siglo XXI.

Sevilla, Manuel, (1984). Visión global sobre la concentración económica en El Salvador. *Boletín de Ciencias Económicas y sociales* (UCA), San Salvador, 7 155-190.

Torres Rivas, Edelberto, (1981). *Crisis del poder en Centroamérica*. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica: EDUCA.

Whitford D., Jaime. (1985). *Apuntes de*

algunos aspectos de la historia de la psicología en Nicaragua. Managua: Universidad Centroamericana.

Zúñiga, Ricardo b. (1976). La sociedad en experimentación y la reforma social radical. El papel del científico social en la experiencia de la Unidad Popular. En Ignacio Martín-Baró (Ed.). *Problemas de psicología social en América Latina*. San Salvador: UCA Editores.